

aquellos sitios, la perspectiva de la lucha, todo contribuía á levantar los ánimos; así es que se prepararon alegremente los vivaques, sin que ninguna alarma seria turbara aquella satisfacción. A cosa de mediodía, habíanse visto algunos destacamentos prusianos que parecían dirigirse de Goersdorf á Gunstett; poco después algunos hulanos que habían osado atravesar el Sauer sucumbieron bajo el fuego de una gran guardia del 13.º batallón de cazadores. Hacia el anochecer, una patrulla de *turcos* distinguió al través de los plantíos de lúpulo á un oficial alemán que, acompañado de ocho ó diez jinetes, reconocía el río y tomaba croquis; pero se hicieron algunos disparos y aquel grupo desapareció. El oficial, en la precipitación de su huída, dejó en el suelo un mapa geográfico; los tiradores argelinos lo recogieron y después de darle vueltas, como se hace con un objeto curioso, lo llevaron á su coronel. El mapa pasó de mano en mano y fué detenidamente estudiado: jamás se había visto otro tan práctico ni tan completo, y las manchas que tenía demostraban lo mucho que de él se habían servido.

XI

Esos grupos de caballería, esas exploraciones, anunciaban la proximidad del enemigo. El 4 de agosto, después del combate de Wissemburgo, el ejército alemán había perdido el contacto con el nuestro; pero ya lo había recobrado: en la tarde del 5, los bávaros del II.º cuerpo se establecieron en Lembach, muy cerca del Sauer, y los prusianos del V.º cuerpo en Preusdorf; detrás estaba el XI.º cuerpo, acantonado en Sultz, en donde se hallaba el cuartel general; y el I.º cuerpo bávaro, los wurtembergueses y los badenses encontrábase distribuidos entre Ingolsheim y Ahsbach. La distancia que separaba los últimos campamentos franceses y los primeros campamentos prusianos era sólo de seis kilómetros; esto no obstante, el príncipe real creía, como Mac-Mahón, que el día siguiente sería de reposo y no pensaba librar batalla hasta el 7.

Las primeras horas de la noche del 5 al 6 transcurrieron con tranquilidad, sin que turbara el silencio otra cosa que el silbido de los trenes que atravesaban la gran selva de Haguenau; pero á eso de las once, el cielo, hasta entonces muy límpido, cubrióse de nubes y poco después estalló una tempestad con torrentes de lluvia. En seguida las vanguardias comenzaron á tirotearse desde ambas orillas del Sauer, durando aquel tiroteo hasta el amanecer. Apenas se hizo de día, prusianos y franceses corrieron á las viñas, arrancaron los rodrigones y encendieron con ellos grandes fogatas para secarse, viéndose entonces, así en las alturas de Diffenbach como en las de Froeschwiller, elevarse las llamas de aquellas hogueras improvisadas. A pesar de la proximidad del enemigo, nuestra vigilancia no fué mucha, según parece, como lo prueba el hecho de que á las seis de la mañana un buen número de franceses se escaparon del vivaque bajaron á Woerth y con el abandono que caracterizaba á las costumbres militares de aquel tiempo, se diseminaron por las posadas para comprar tabaco y confortarse (1).

(1) Véase general Bonnal, *Froeschwiller*, pág. 209.

Mientras con el día renacía la animación en los campamentos, continuaba la deliberación de los generales comenzada el día antes. Ducrot juzgaba que la posición de Froeschwiller, excelente para luchar contra 45.000 hombres, sería peligrosa en presencia de dobles fuerzas, y por esto pedía con insistencia que el ejército se replegara hacia los Vosgos; pero Mac-Mahón se resistía á ello, pues no creía en la inminencia de una batalla y además calculaba que Failyly estaría seguramente en camino. Mientras esto se discutía, oíanse numerosos tiros en las orillas del Sauer, pero nadie hacía caso de ellos, porque aquel tiroteo ya se había escuchado durante una parte de la noche. El general Raoult y el conde de Leusse apoyaron las observaciones de Ducrot. En esto, algunos oficiales anunciaron que las escaramuzas iban tomando el aspecto de combate y que sobre Gunstett avanzaban numerosas fuerzas enemigas. Entonces, y ante nuevas instancias, el mariscal cedió y aun resolvió que comenzara en seguida la retirada; pero en aquel momento oyóse mezclado con el fuego de fusilería el estampido de los cañonazos que puso término á la conferencia: la batalla había empezado, una batalla imprevista para Mac-Mahón y, ¡cosa aún más extraña!, imprevista también para el príncipe real.

Aquella iniciativa extraordinaria se debía al comandante de la vanguardia del V.º cuerpo, el general Walther de Montbarry, el cual, apostado muy cerca del Sauer, había notado, ó creído notar, inusitados movimientos en los campamentos franceses y había ordenado inmediatamente un reconocimiento ofensivo. Tal era la causa de los cañonazos que acababan de iniciar el combate y que habían puesto fin á las indecisiones de Mac-Mahón.

La casualidad quiso que aquel reconocimiento, operación secundaria en sentir del comandante prusiano, señalara el comienzo de la acción general.

En la tarde del 5 de agosto habíase ordenado al II.º cuerpo bávaro, acampado en Lembach, que avanzara contra el ala izquierda francesa si á la mañana siguiente resonaba el cañón por el lado de Woerth; y para mejor asegurar esta orden, la 4.ª división, la del conde Bothmer, habíase dirigido al amanecer hacia Mastsall, avanzando luego hasta Langensouzbach. En aquel momento, es decir, á las siete de la mañana aproximadamente, oyóse el cañoneo precisamente del lado de Woerth, y los bávaros, no dudando de que aquella era la señal convenida, se dirigieron á Froeschwiller, en donde se distinguían los campamentos franceses.

De este modo había de desarrollarse hacia nuestra ala izquierda el combate comenzado en el centro. Los cazadores bávaros del 6.º batallón y los fusileros del 9.º regimiento penetran en la selva de Langensouzbach, la atraviesan, no sin extraviarse un poco, y salen al lindero Sur de la misma; pero la división Ducrot en nuestra izquierda, y la división Raoult algo más al centro, han empuñado las armas, y en el momento en que los enemigos entran en el claro que separa la selva del bosque de Froeschwiller, son fusilados á corta distancia por los zuavos, los soldados de infantería y los *turcos*. Entonces retroceden rápidamente hacia la espesura, adonde los persigue el fuego de nuestras baterías situadas en las alturas, y aunque los bávaros repiten varias veces su tentativa, en vano tratan de acercarse á Froeschwiller,



BATALLA DE WOERTH (cuadro de Enrique Lang)

pues cada vez que avanzan al descubierto son aniquilados. Allí caen nuestras primeras víctimas de aquella jornada, que son el comandante Jodocius del 2.º de tiradores y el comandante Marión del 1.º de zuavos. Pero los nuestros, en vez de aprovecharse de sus ventajas, se dedican principalmente á conservar sus posiciones, porque la idea en ellos dominante es la de que se libra una batalla defensiva y, por consiguiente, los oficiales se cuidan menos de excitar á sus soldados que de prevenir ó abreviar las persecuciones (1).

El general Walther de Montbarry, al llevar á la lucha á la vanguardia del V.º cuerpo, había sido el instigador inconsciente de la ofensiva bávara; y gracias al imperio cada vez mayor de lo imprevisto, la ofensiva bávara había de determinar, á su vez, la de todo el V.º cuerpo.

El comandante del V.º cuerpo, general de Kirchbach, había oído, no sin sorpresa, desde su cuartel general de Preuschdorf, el ruido del cañoneo que se percibía á lo largo del Sauer; y como todavía le atormentaba la herida recibida la antevispera en Wissemburgo, había enviado á las avanzadas á su jefe de Estado mayor, el coronel Von der Esch. Eran entonces las ocho y media, y cuando el coronel llegó adonde estaba el general Walther, había terminado el reconocimiento ofensivo sobre Woerth y cesado poco después el fuego; en cambio, por la parte de Langensouzbach la intensidad del combate aumentaba y la lucha parecía correrse hacia el Este. De aquí un temor muy grave, el de que los bávaros, si permanecían aislados, retrocediesen y la derrota del ala derecha alemana fuese origen de un perjuicio irreparable. Este peligro sólo podía conjurarse haciendo entrar en acción al resto del ejército y obligando con ello á los franceses á dividir sus esfuerzos. El coronel Von der Esch, perfectamente penetrado de estas ideas, adoptó una resolución que retrata bien esa audacia de iniciativa que en el oficial prusiano encontramos unida á la disciplina más severa: en efecto, considerando que el tiempo era demasiado precioso para esperar las órdenes del príncipe real, que se hallaba en Soultz, ó las instrucciones del general de Kirchbach, tomó las disposiciones necesarias para que el V.º cuerpo entrara en línea, disposiciones que fueron aprobadas por el comandante de la 10.ª división, el general Schmidt, que se le juntó en aquel momento. Aquellas órdenes fueron ratificadas, aunque algo después, por el general de Kirchbach.

Sólo la victoria podía hacer perdonar aquella osadía. La condición principal del éxito había de ser un despliegue de fuerzas bastante importante para conjurar todas las probabilidades adversas; los prusianos, resueltos á mostrarse osados, tuvieron el talento de serlo hasta el fin. Su gran superioridad era la artillería; pues bien, la artillería prepararía los ataques de la infantería y, desconcertando la defensa, acabaría por desorganizarla.

Entonces se vió por vez primera lo que tan á menudo había de verse en el curso de la campaña, á saber, la rápida concentración de un gran número de piezas acumulándose en un mismo punto, operando por masas y produciendo un doble efecto de intimidación y de destrucción. Todas las baterías del V.º cuerpo fueron llevadas á las alturas de la orilla izquierda del Sauer y

tomaron posiciones enfrente de Woerth, llegando á juntarse muy pronto hasta catorce (2). Todos los relatos franceses y todos los recuerdos de los testigos de la batalla consignan la impresión que causó aquel fuego formidable. Dos días antes se habían sentido los efectos de la artillería alemana; ahora la demostración se completaba: los cañones prusianos no sólo eran más en número, sino que, por añadidura, tenían la doble ventaja de una mayor precisión y de un mayor alcance. Los destrozos aún habrían sido más terribles si las lluvias de la noche anterior no hubiesen ablandado el suelo, pues esta circunstancia hizo que muchas bombas, hundién-



El general Kirchbach

dose en la tierra arcillosa y compacta, lanzaran pocos cascotes. Nuestras baterías resistieron bastante tiempo, pero al fin su fuego fué haciéndose más débil y hubieron de replegarse. La artillería enemiga bombardeó entonces los bosques, los huertos, los cercados, todos los accidentes del terreno en donde pudiera sospechase que los franceses habían buscado un abrigo, y á poco se declararon algunos incendios en el caserío de Elsasshausen.

Eran poco más de las diez y media. La infantería del V.º cuerpo se había aproximado al Sauer, y cuando la acción de las baterías hubo preparado convenientemente el terreno, el 50.º y el 37.º prusianos fueron lanzados al ataque de Woerth y de las alturas de la orilla derecha.

Los prusianos atraviesan el río, unos vadeándolo, otros con ayuda de puentes improvisados con rodrigones de lúpulo, y llegan á la población; mas cuando quieren salir por el lado opuesto, todo lo que hasta entonces ha sido un éxito se transforma en fracaso. Los zuavos del 2.º regimiento, los fusileros del 21.º de línea y los cazadores del 17.º batallón abren contra ellos un fuego mortífero; el enemigo entonces intenta escalar las cuestas, llegar á las colinas cercanas á Elsasshausen y alcanzar los linderos del Nordeste del Niederwald; pero cualquier avance es difícil y no tarda en ir seguido de

(1) Véase *Historique du 2.º tirailleurs algériens*, pág. 394.

(2) *La guerre franco-allemande*, redactada por la sección histórica del gran Estado mayor prusiano, pág. 226.